



Un manifestante estrecha la mano de un soldado durante la celebración de la huida de Mubarak en la plaza de la Liberación. / AFP

Mubarak pasó las últimas 48 horas en una base militar antes de huir

El expresidente y su familia fueron trasladados en helicóptero a Sharm el Sheij

GEORGINA HIGUERAS, **El Cairo**
ENVIADA ESPECIAL

Cuando las protestas de los manifestantes se acallaron para escuchar las plegarias de las mezquitas, nada hacía prever que en uno de los helicópteros que cruzaban el cielo de El Cairo, huía el odiado faraón. Hosni Mubarak se fue, junto con su familia, a Sharm el Sheij, a orillas del mar Rojo, en el extremo sur de la península del Sinaí. Poco después de aterrizar en ese enclave donde Mubarak gustaba de celebrar sus cumbres internacionales y entretener a los mandatarios extranjeros, el dictador comunicó que dejaba su

poder en manos del alto mando militar.

Según el gubernamental diario *Al Ahrām*, Mubarak pasó las últimas 48 horas de sus 31 años de gobierno sin oposición en una base militar, donde le fue garantizada su seguridad. El hombre que no dejó crecer la hierba bajo sus pies siguió resistiéndose a escuchar las demandas de libertad de su pueblo pese a que el miedo le impidió dormir en su cama presidencial sus dos últimas noches de Gobierno.

Acosado por un pueblo que se ha puesto en pie, Mubarak se ha refugiado en su preciada península del Sinaí, que logró recuperar para Egipto en 1982, des-

pués de que su predecesor, Anuar el Sadat, firmara la paz con el vecino que se la había arrebatado en la guerra de 1967. Tal vez el anciano mandatario, de 82 años, confía en diluirse entre los millones de turistas de Sharm el Sheij y escapar al proceso por asesinato y apropiación indebida de fondos públicos que algunos miembros de la oposición piden contra él.

Fuentes militares dijeron a *Al Ahrām* que Mubarak permaneció en la base porque las circunstancias no permitían los movimientos de la comitiva presidencial. Pese a ello, el faraón se permitió, en la noche del jueves, burlarse de su pueblo por

última vez. En representación de millones de egipcios que sueñan con ser dueños del destino de su país, decenas de miles de personas se habían congregado en la plaza de la Liberación para escuchar juntas lo que se esperaba fuese el mensaje de despedida del *rais*. Lo que oyeron, sin embargo, es que se quedaba hasta las elecciones de septiembre próximo. La plaza estalló en un grito de furia: "¡Fuera, fuera!".

Ayer, antes de que trascendiera su huida, miles de manifestantes marcharon hacia el palacio presidencial, rodeado de alambradas y protegido por tanques, además de por la guardia presidencial, que declaró, a primera

hora de la tarde, que mantenía la seguridad del recinto. Fue necesario esperar a que Mubarak se instalase secretamente en Sharm el Sheij para escuchar al vicepresidente Omar Suleimán leer un breve comunicado que indicaba que el faraón había cedido el poder al Consejo Supremo de las Fuerzas Armadas. Ninguna televisión, ni nacional ni extranjera, logró captar la imagen de la huida, aunque fue la cadena Al Arabiya la primera en anunciar que Mubarak había aterrizado en una base del sur del Sinaí.

El expresidente va acompañado, al menos, por su esposa, Suzanne, y su hijo Gamal, de 47 años. Los intentos de poner en

Se ha refugiado en la ciudad donde celebraba sus cumbres

Está acompañado por su esposa y su hijo Gamal, el frustrado heredero

marcha una dinastía hereditaria que consagrara como presidente, en otros comicios fraudulentos, a Gamal fue uno de los detonantes de la revuelta que acabó con las aspiraciones de Mubarak. Gamal dimitió el pasado día 4 como líder del gobernante Partido Nacional Democrático, junto a la cúpula de este. El primogénito de la familia, Alaa, es un próspero hombre de negocios que vive en El Cairo y nunca mostró aspiraciones políticas.

Nacido en mayo de 1928 en el delta del Nilo, Mubarak entró en las fuerzas aéreas en 1947. El antiguo piloto de bombarderos salió de la capital en helicóptero pero ha declarado en sus dos últimos mensajes a la nación que no se irá del país: "Moriré en la tierra de Egipto".

Tras 300 muertos en los 18 días que ha costado echarle del poder, según la organización Human Rights Watch, parece difícil que Mubarak no sea llevado ante la justicia. El tiempo dirá si finalmente no elige el exilio para escapar a un proceso.

Y van dos... ¿quién será el próximo?

ANÁLISIS

Javier Valenzuela

La revolución democrática árabe arrancó el 17 de diciembre, cuando el universitario tunecino Mohamed Buazizi se suicidó a lo bonzo para protestar porque la policía le había arrebatado el carrito de verduras con el que se buscaba la vida. En menos de un mes ya había derrocado a Ben Ali. No se detuvo ahí y, el 25 de enero, llegó al valle del Nilo. Ayer envió a Mubarak al basurero de la historia.

Para una revolución son precisas condiciones objetivas y subjetivas. Estas se dan hoy en el mundo árabe. Más de 100 millones de jóvenes. Hartos de apreturas vitales, dotados de instrumentos tecnológicos para comunicarse y organizarse,

contrarios a la autocracia y la teocracia, sedientos de libertad y dignidad.

Adaptar el análisis a los cambios de la realidad requiere esfuerzo, por ello hay quienes siguen apegados a la foto fija del ascenso del islamismo político. Perezosos que no acaban de enterarse de que no estamos ante Teherán-1979, sino ante Berlín-1989. El islamismo parece estar en reflujo y, en todo caso, esta no es su revolución.

Esta es la revolución de los jóvenes y las clases medias del mundo árabe, que han situado de nuevo en el centro de la política internacional la lucha contra las dictaduras y por la democracia y los derechos humanos. En Túnez y Egipto los islamistas les han seguido por odio a los autócratas que, con la complacencia de Occidente, tanto les han machacado, y aspirando a tener un lugar al sol en futuros Estados de derecho.

Durante estas emocionantes semanas, Tahrir ha sido lo que fueron la Bastilla, Praga, Tiananmen. Ayer la plaza cairota celebró su inmensa victoria: Mubarak, el faraón convertido en momia, dijo, al fin, que se iba. El movimiento desencadenado por la ciberjuventud egipcia había hecho de su salida una cuestión esencial. Y con razón. Era delirante pensar en una transición con Mubarak en la jefatura del Estado. Por mucho que él lo intentara hasta la noche del jueves, con el apoyo de todos esos que se han retratado en el lado malo de la historia: los halcones de Israel, los partidarios occidentales de una no ya solo inmoral sino caduca *realpolitik*, los sofistas de la geoestrategia. Era como pensar en Franco pilotando la transición española.

Ahora veremos si Suleimán es Arias Navarro o Adolfo Suárez. Ese es otro capítulo

aún por escribir de la historia. Lo seguro es que el capítulo de Tahrir tuvo ayer un final feliz, felicísimo. Y en este momento en que los demócratas de todo el planeta solo pueden compartir la alegría de Egipto, cabe señalar que, con titubeos y contradicciones, pero muy por encima de sus colegas europeos, Obama ha arriesgado a favor del lado bueno de la historia.

Cuando un Ejército se niega a disparar contra el pueblo, la revolución está a punto de triunfar. Esto ha ocurrido en Túnez y Egipto. Tras la dimisión de Mubarak, ya son dos los autócratas abatidos en esta primavera árabe que arrambla con tantos prejuicios occidentales. ¿Quién será el próximo? Un chiste francés dice que la respuesta es fácil: mírese donde pasaron sus vacaciones de Navidad los ministros de Sarkozy. ¿Podría ser Marruecos? Puede que sí, puede que no. En todo caso, Trinidad Jiménez no acertó cuando dijo que Mohamed VI ya ha hecho todas las reformas que precisan los marroquíes. Ni mucho menos.